





GONZALO ORTIZ PEÑA nació el 11 de septiembre de 1976 en Penco, Chile. Ha asistido a talleres de narrativa, poesía y guión audiovisual en la región del Bío Bío. Entre otros trabajos audiovisuales ha realizado producción en el documental *Platos rotos* (2002), montaje en el cortometraje *Diez años y un día* (2003) y cámara en el cortometraje *Plantío de infantes* (2004).



NIÑOS EXTREMISTAS

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 10

GONZALO ORTIZ PEÑA

NIÑOS EXTREMISTAS



SANGRÍA

© Gonzalo Mauricio Ortiz Peña
N° 185.630
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-31-9

© Derechos reservados para esta edición:
2013, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica Ríos y Martín Centeno
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en junio de 2013 en
Imprenta Dimacofi S. A.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------|----|
| Los camiones y la ciudad..... | 13 |
| Niños extremistas..... | 71 |
| Extremistas pencopolitanos..... | 99 |



*Este libro está dedicado a la memoria de
Juan de Dios Peña Garay y María Veloso.*



1

LOS CAMIONES Y LA CIUDAD



Por eso fue que me uní a la revuelta. Yo nunca había hecho nada. Nada. Por lo demás, era de los que apenas hablaban y me contentaba sólo con oír lo que decían los demás. Fue Jim quien me propuso hacer la revolución. Yo regresaba después de casi una década de ausencia para realizar un video documental a aquel pueblo donde vivíamos, a la casa de mis abuelos que permanecía intacta, a esas callecitas destartaladas donde crecimos, a los momentos vividos en el Chile de la dictadura: huelgas, apagones, barricadas, toques de queda, cacerolazos en los patios traseros de las casas de los obreros. A la plaza, a la playa y al mar. La misma noche de mi regreso a Concepción volví a Penco, a ese pueblo de casas amontonadas entre los cerros, con su fábrica de loza, sus almacenes y sus puestos comerciales, con sus habitantes deambulando por la ruidosa calle principal donde transitan cada día cientos de camiones que vienen desde el puerto.

Salí a las calles del barrio, a las viejas calles de mi infancia, y noté un curioso contraste: la clínica dental de

mi esquina seguía en pie, modernizada, con rejas nuevas y segundo piso, mientras por el frente, a mano izquierda, el almacén trataba a duras penas de subsistir. Dejé la esquina y caminé junto a los roñosos camiones. ¿Dónde estaban los antiguos amigos? ¿Estarían en una escalerita mal alumbrada? ¿En unos callejones polvorientos cerca de la cancha del cerro porteño o del recinto de la refinería Crav?

Y me fui a recorrer los estropeados rincones por si aún andaban ahí, pero nada: las escaleras, vacías; los callejones, en penumbras. Qué desperdicio. Vueltas y vueltas llevaron mis pasos a oír que las olas se sucedían una tras otra y ahí, frente al inmenso mar, los fui a encontrar. Caminaban por la orilla sombría y despiadada del océano, cerca de un tronco arrojado por las mareas del crudo invierno que se iba. Vestían chaquetas de mezclilla, chalecos, camisas leñeras, jeans y pantalones de cotelé. Calzaban zapatillas, bototos de seguridad. Fumaban cigarrillos baratos. Y venían como saliendo del mar, asomando sus rostros para trepar una y otra vez al tronco que había botado la ola en las arenas blancas.

Ángelo Norambuena, el extremista, tendría veinticinco años por entonces. De pequeño había participado activamente en la resistencia contra la dictadura como militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Su fama corría por los cuatro puntos cardinales de la

ciudad. Se le atribuía una decena de asaltos bancarios, nunca probados por la ley. Al calor de las barricadas había crecido combatiendo la pólvora pinochetista, las patadas dadas en el culo por la bota militar y unas cuantas viejas utopías. Me desconoció a primeras y me golpeó con la mano empuñada en el pecho. Al tantito recordó mi cara.

–Hombre, ¡cómo has crecido! –dijo entonces.

Y se abalanzó a abrazarme.

–Qué bueno verte. ¿Cuántos años ya?

–Cinco o seis. Ya ni me acuerdo.

–Casi seis años. Cómo pasa el tiempo.

De inmediato nos apartamos de los demás y caminamos por la playa blanca con un par cervezas. Me ofreció una. Chocamos las latas. ¡Salud! Un pito sonó dos veces: en la noche estrellada e inmensa, la fábrica de loza marcaba las nueve y treinta. Dejando atrás la playa, el turno había comenzado. Observamos la comuna en silencio. Había pocos cambios alrededor. Se conservaban los edificios públicos, aunque abandonados. El bodegón de trenes seguía cerrado, a punto de caerse. La estación de ferrocarriles era ahora una discoteca y a pocos metros aparecía un edificio nuevo. Del periodo de esplendor del balneario, de sus hoteles y restaurantes, no quedaba nada en pie; sólo más poblaciones, más plazoletas, menos pescadores, más clase media y más

remodelaciones. A un par de cuadras, la plaza. A la distancia, voces, ruidos, una multitud; discursos, homenajes, arengas, consignas. Tengo recién diecinueve años de edad y la dictadura ha terminado en los papeles, no en la práctica. La democracia aquí es aparente, fingida, positiva. A través de la noche veo las sombras de los muchachos vagabundos entre los vericuetos de los callejones polvorientos y mal iluminados por algunos postes del alumbrado público, detrás de los camiones aparcados. Mientras, se oye el sonido de la brisa de los árboles que se agitan en lo alto. Camino con Ángelo, el extremista, ocultos tras una casa, una escalera, un cerrito.

—El pueblo se está muriendo o parece levantar cabeza. Es como si no fuera el mismo —digo.

—Es el mismo. Lo que pasa que vivimos en el Chile de la transición, enraizados en un instinto poderoso donde la ambición de poseer moviliza las mentes más perversas. Y las nuestras son el instrumento perfecto para repugnar a la patria.

No le respondí.

—Sí. Soy un idealista. Me puse a leer y he descubierto un nuevo porvenir. Un nuevo porvenir anclado en el presente.

Para mí volver al pueblo era estar de nuevo con mis camaradas, pensar otra vez en actuar a nombre de las ideas y en despreciar el pragmatismo impúdico de los

que gobiernan. Tal vez podíamos actuar en nombre de un pueblo donde ocurrieron cosas atroces. Yo me frotaba las manos y me preparaba para descargar mi rabia. A nuestro paso tropezamos con el gentío y las banderas. El perdón y la reconciliación rodeaban la protesta. ¿No era una idea exagerada eso del perdón y la reconciliación? Cruzamos rápidamente entre la muchedumbre y la abandonamos. Seguimos hacia los bosques, en contra del río que corre junto a la antiguamente llamada calle del ayuntamiento, o sea de la municipalidad, y por el cuartel de Carabineros. Pasamos al lado de los bares y las botillerías, ¿dónde íbamos? Eso no lo sabía. Hasta que Ángelo, el extremista, adivinó mi pensamiento.

–Vamos a la torre de la subestación eléctrica.

–¿A qué?

–A derribarla.

Lo dijo con tal convicción que no supe si creerle.

–Tiene cámaras fotográficas de seguridad –exclamé, para que me convenciera del todo.

–Ya no. Ahora tiene circuito cerrado de televisión. Pero es defectuoso, te lo digo.

Comenzamos a subir una empinada cuesta, trepando entre los árboles y el viento, entre la noche y el vandalismo del pueblo. Pinos, matorrales, eucaliptos y suelos, todo de la forestal Bío Bío. Al llegar, bajo la torre de alta y los generadores del tendido eléctrico, descansamos.

De entre los matorrales, Ángelo, el extremista, sacó un bulto. Enseguida comenzó a vaciarlo: primero, una pistola automática que se guardó en la cintura, dentro del pantalón; luego, artefactos explosivos.

—¿Me vas ayudar o no? —preguntó.

—A qué.

—A botar la torre .

—Vos estás loco —exclamé.

Del bolsillo de la camisa sacó una cajetilla de Life. Me ofreció un cigarro y se lo acepté, riéndome.

—Cómo se te ocurre que no te voy a ayudar —le dije.

Entonces siguió sacando cosas del bulto: un abultado rollo de alambre, alicates, cartuchos de dinamita y una vieja caja de fulminantes. Sostuve el rollo de alambre. Él tomó unas cargas huecas de explosivos rectangulares y las colocó bien apretadas en las patas de la torre. Instaló un par de cuñas para afirmarlas más y amarró las cargas de dinamita con alambre. Puso las granadas encima de las cargas, enrollándolas con hilo a las clavijas que luego aseguró bien al alambre, el cual retorció con el alicate. Entrelazó los cables a las anillas de las granadas y los unió al cable principal. Todo lo hacía metódicamente, apurado pero imperturbable, como si lo hubiera hecho una y otra y otra vez durante toda la vida. Finalizamos pasada la medianoche.

—Todo listo, muchacho.

Y nos alejamos de la torre.

–Sujeta con firmeza el alambre a la altura de la cintura, eso sí sin tirar. ¿Ya?

–Pero si la torre vuela ahora, los cables nos caen en la cabeza –dije nervioso.

Desde el cerro se oían los motores de los camiones que salían del pueblo por la nueva ruta a Concepción. En lo alto, a nuestras espaldas, la ciudad.

–Esta es la única línea de transmisión del sistema interconectado central que abastece de energía a la comuna. Al tirar del alambre con fuerza, la torre cae.

–Pero hombre.

Yo no entendía bien.

–Tranquilo. No vuelo la torre mientras estemos bajo los cables, pero hay que hacerlo ya.

Íbamos alejándonos en dirección al sur, en mis manos llevaba el rollo de alambre. A varios metros de distancia de la torre, Ángel, el extremista, se me acercó de repente y tiró de golpe del alambrado. Entonces se hizo un ruido ensordecedor y la torre se levantó por los aires. Bum. Ángel, el extremista, se cubrió los oídos con las manos y empezó a correr. A pocos metros de mí cayó un trozo de acero. Corrimos sin parar, uno al lado del otro. Me miró a los ojos enloquecidamente y levantó el brazo, empuñando la mano izquierda en señal de triunfo. Se puso a gritar en mi cara y yo, como

no quería quedarme atrás, repetí ese mismo grito desquiciado, rabioso. Miré a mis espaldas. Envuelta en humo, la torre que caía arrastraba ya otras dos con su peso adicional al del cableado. Se respiraba el olor acre de la pólvora. Se sentía la descarga de los chispazos y la corriente, centellando.

¿Cómo uno se hace extremista? ¿En calidad de personaje iluminado que viene a cumplir el plan preestablecido por dios? ¿En calidad de producto directo de una época, de la práctica política de su coyuntura histórica? Vaya uno a saber. En lo que a mí respecta, de niño siempre me gustó repartir bala. En defensa de mi propia vida, claro. Y la de mis amigos. La demás gente siempre me importó un comino. Pero Ángelo, el extremista, se fue por la otra causa: por el bien de todos y de quienes vendrían en el futuro. Pero primero estuvo la casa de seguridad. Quedaba kilómetros arriba, en la loma de un bosque, entre eucaliptos y agujas de pino. Colindaba con la pendiente del cerro hacia la fábrica y la calle que va hacia el puerto. Se confundía clandestinamente entre un camino de tierra, la llanura, los cerros, los árboles y los senderos. En ese lugar estaba la casa, escondite donde se ocultaban aquellos peligrosos tesoros; era ahí donde queríamos llegar. Porque en esa choza destartalada, entre

las tablas y el techo de zinc, se reunían los viejos. La casa fue descubierta por la CNI, luego de que infiltraran a sus soplones. Vino el allanamiento. Los metieron presos a todos, desmantelaron la casa. Sólo se salvaron algunos muchachos de quince a veinte años, alumnos de la enseñanza media que quedaron como perros huachos. Entre ellos estaba Ángelo, el extremista.

De un tiempo a otro sobrevino un nuevo reclutamiento. Comenzó por una serie rumores en el Liceo A-35 de Concepción. El criterio de selección era que fueran aficionados a la lectura.

—¿Tú leías? —le pregunté.

—Casi todos leían.

—¿A quién?

—A Albert Camus. Y a Marx, el *Manifiesto* y todo eso de la lucha de clases.

—¿Por qué ingresaste al Frente?

—Porque militar en una organización de izquierda en esos años era un acto revolucionario.

—Entonces, ¿por qué te descolgaste?

—Me di cuenta de que colaboraba en un movimiento radical con tendencias tan totalitarias como la dictadura contra la que peleábamos. Yo no quería eso. No quería vivir en la otra cara de la misma moneda.

—¿Qué año fue ese?

—A finales del 88.

En eso inclinó la cabeza hacia el suelo y se quedó en silencio. Luego agregó:

—Porque busco ser un revolucionario. Por eso me descolgué del Frente.

Salía el sol del amanecer tras los cerros de pino. Con el apagón se esperaba que el suministro eléctrico fuera repuesto durante la tarde. Nos quedamos en silencio, escuchando los portazos de las casas, el ruido del transporte público, de los escolares y de los camiones que daban inicio a esto que llamamos patria.

—Allá viene Jim, un poco pasado de copas.

—Sí. Mira cómo camina sin sacar los ojos de sus pasos. Ahora le dicen el poeta. ¿Tú lees poesía?

—La imagen vale más que mil palabras. Lo mío es el cine —exclamé.

—Yo prefiero la palabra, aunque no valga nada. El cine como arte es bastardo. Miente de entrada.

—Eso que acabas de decir lo he escuchado en alguna parte y me suena a puritanismo. Ya me acuerdo: el Presidente lo dijo en un programa de cultura en la tele. Te caché. Esa frase no es tuya.

—Claro que no es mía. Ni tampoco del Presidente, está claro.

—Sea de quien sea la frase, el cine es lo mío y punto.

–La frase es de Borges y te lo digo porque Jorge Luis Borges nunca se equivoca.

Mientras nuestro amigo Jim se acercaba, Ángelo, el extremista, exclamó:

–¡Este quiere hacer un documental!

–Es que yo no leo a Borges –respondí.

Entrechocamos nuestras manos como saludo.

–El extremista nunca ha leído a Borges. Los revolucionarios no leen nada, apenas llegan hasta la mitad de un libro. Por eso está la cagada.

–Borges no es más que un fetiche literario.

–Borges es el mejor escritor de la lengua castellana.

Ángelo, el extremista, se reía a carcajadas.

–¿Tienes cámara? –me preguntó Jim de repente, muy serio.

–Tengo una.

–Si quieres hacer cine tienes que andar con ella a tiempo completo. Y esos ojos, oh. ¡Vamos a hacer la mañana!

–Estamos cansados –dijo el extremista–. Tuvimos trabajo toda la maldita noche.

–Maldita noche –remedó Jim–. Maldita la noche de camiones y gatos negros cruzando la calle. Y bendita la luz de los postes, que en la oscuridad nos ilumina.

A la una de la tarde desperté con los gritos de mi abuela. Me llamaba para el almuerzo. Me levante y fui hacia el living de la casa, me aproximé a la ventana y, tras abrir un poco la cortina, pude ver la casa de enfrente. Ahí estaba parado mi amigo de la infancia. Bostezo tras bostezo, mirando pasar los camiones como si estuviera en un partido de tenis, el muy patán cruzaba la calle parándose en cada acera de las cuatro esquinas. Jim vestía una camiseta blanca manga larga para cubrirse del sol y, sobre ella, una polera roja ilustrada con letras negras de la banda Exploited, además de zapatillas de lona azules. Usaba el pelo no muy corto y tenía cara de niño bueno, pálido, dientes postizos, flaco y ojeroso. Ese mediodía era casi de primavera: el sol alumbraba en lo alto de un cielo azul despejado. Nuestra amistad había comenzado a finales del año 88 y principios del 89, cuando llegó como compañero nuevo de curso. Repitió por segunda vez el octavo básico. Calculé que ahora debía andar por arriba de los veintiún años.

Más tarde se instaló en la esquina del almacén San José a conversar con el hijo del dueño. Fumaba un cigarrillo con la mano derecha y con la izquierda sostenía una lata de cerveza. De vez en cuando miraba hacia mi casa y silbaba. Había oído esa señal muchas veces desde que era niño; todos en el barrio la hacían. Luego

volvieron los gritos de mi abuela. Corrí a pie descalzo a devorar un plato de mar y tierra en cinco minutos, mientras miraba los sartenes y las cazuelas colgadas en la pared de la cocina, y a mi lado sonaba el runrún del viejo refrigerador. La casa en que vivíamos tenía piezas de tamaño regular, un patio en forma de L y, por todos lados, sillones diferentes tapizados en distintos colores, rojos, verdes y azules; muebles antiguos, bifes, modulares y tres cuartos con sus respectivos catres de bronce y veladores. Las paredes estaban cubiertas de papel mural blanco ya avejentado, amarillo. En todas partes, incluido el baño, colgaban fotografías de santos, cristos crucificados y fotos del papa; no faltaba la virgen apuntándose con el dedo el sagrado corazón. Casi todas las casas de la comunidad eran adornadas por esos seres del otro mundo. La de mi abuela era una pequeña y acogedora capilla. Además, en el callejón que divide esa manzana de la población Perú se encuentra en una garita de concreto la virgen de Fátima, la de los tres secretos, según dicen.

Finalmente abrí la puerta, crucé el jardín corriendo, abrí la reja y me fui a la esquina de la calle principal. El pueblo seguía igual; pasaban los camiones enfurecidos a más de cien por hora por todo el centro, haciendo retumbar el piso. Las casas y los puestos comerciales temblaban. El pavimento, agrietado. Parches y parches

de asfalto. La gente pasaba y pasaba con el mandado. Deambulaban los obreros, los escolares, el furgón policial. Escupí al suelo. El sol me daba en la cara. También pasó el vecino de enfrente, señorón del barrio, viejo alcahuete, aficionado a rezar el rosario y disfrutar la tranquilidad de los toques con su esposa. Cruzó la calle y me sorprendió con un saludo de bienvenida. Varios recuerdos se me vinieron de golpe a la cabeza, imágenes no muy gratas sobre mis amigos: el señorón alegando que éramos muchachos moralmente pervertidos porque nos reuníamos en la esquina a ver revistas prohibidas. Tenía razón. Las revistas pornográficas eran nuestros primeros pasos hacia la fotografía. También se armaba un cine triple X en la sala del living de otro vecino, aunque muy pocos habían recibido una invitación. No me negué a devolverle el saludo.

—¡Buenos días!

Luego él pasó de largo.

Ya eran casi las dos de la tarde. A mitad de la cuadra, por la calzada del frente, vi venir de nuevo con su paso gallardo a Jim, el poeta maldito.

—Por fin apareces —me dijo—. Te he estado esperando toda la mañana en la esquina.

—Desde las ocho de la mañana —respondí riéndome.

–Desde que escapamos de los milicos. No habíamos vuelto a hablar de eso.

Me abrazó y me dio un beso en la cara. Sin soltarme del brazo me hizo correr hasta la otra esquina. Un camión pasó a toda velocidad.

–Arranquémonos de acá.

–¿Para dónde? –le pregunté.

–A vomitar la calle.

–Ya, pero dónde.

–A Conce. A la universidad.

Mauricio Apablaza –alias Jim, el poeta– era el tercer hijo de una familia de padres exonerados y conocidos por su influencia en el movimiento social de la comunidad. A diferencia de ellos, era un desertor de las carreras de Ingeniería y Matemáticas, habitual en los bares de la ciudad y vendedor ocasional de sustancias prohibidas. Le gustaba decir que vivía en la calle.

–Por qué no dejamos la universidad para otro día y nos vamos a mirar el mar a la playa –propuse.

–No. Penco ya no es lo que era, muchachón.

Así estaba Jim cuando volví, atrapado en su rabiosa melancolía.

–El pueblo se ha extinguido, empobrecido por el vicio de los que volvieron de nuevo a pulverizar la fábrica donde a nadie le faltaba el trabajo. El club de fútbol se instaló en segunda y teníamos estadio propio, un lujo

con que ni algunos de primera podían contar. Todos los días eran sábado; todos los días, días de feria; todos los días, días de pago, hasta que un día quedamos sin fábrica, sin equipo, sin estadio y sin trabajo. De repente empezaron a funcionar las leyes y empezaron a darnos bala. El primer usurpador de los trabajadores es el Estado. Decían que los delincuentes están a la vuelta de la esquina y desde mi esquina presencié venirse la fábrica abajo. El pueblo, al desempleo. El estadio, clausurado. Los muchachos, abúlicos y anémicos. Así fue cómo nos vaciaron el estómago y los bolsillos.

Abordamos la micro atestada de gente. Íbamos de pie, afirmados a la barandilla del techo.

—La verdad es que los que volvieron del exilio con sus clases europeas no se la pueden. Les tiembla la mano con el granuja, pero se desquitan con el pueblo, con los que se quedaron aquí y con los que crecimos bajo la ocupación militar. Al final quedamos todos patipelados.

Un camión venía por detrás de la micro a toda máquina. A bocinazos pasó rozando la micro que empezaba a acelerar por las cuadras finales de la calle principal.

—Dime algo. Respóndeme.

—Creo que eres un anarquista.

—Tal vez. Imagínate que por el patio de la escuela vieja trepábamos las rejas del estadio y saltábamos a las butacas de la platea a sentarnos con el patrón de la

fábrica. En el entretiem po íbamos a la galería a buscar trifulca. Hasta que un día al buen patrón del pueblo lo pillaron los nuevos gobernantes y con él se acabaron los días sábado, los días de sueldo, los días de feria. Hasta ahí no más llegaron los goles, los cracks se acabaron para siempre y nos vimos envueltos en sábanas blancas. Nuestro querido vecino y gran empresario, la generosa persona, su familia y sus sobrinos arrancaron del país. Sabían de antemano que les investigaban el patrimonio. El pueblo quedó desmoronado. ¿Qué hace el patrón sin el pueblo? ¿Qué hace el pueblo sin patrón?

En ese momento miré por la ventana de la micro, que iba saliendo hacia Concepción, el otrora gran estadio de Lozapenco. Las graderías se caían a pedazos por el óxido acumulado.

Por los viejos pastos de la universidad nos internamos hasta llegar donde se juntaban los muchachos y sus botellas. Se preparaban para las tocatas de la banda punketa Ecocidio en el foro de la universidad, frente a la plaza del estudiante. Llegamos a la Laguna de los Patos, un charco rodeado de pasto, colinas de cipreses y pinos. Eran muchachos que entraban a la universidad vestidos con morrales y poleras, y se sentaban a discutir como en un panel de televisión vieja sobre el proletariado, el

ejemplo de Cuba, la educación y la salud pública. Se nos acercó una muchacha.

–Hola.

Se llamaba Natalia.

–Hola, quiubos –le contesté.

–Tú eres el recién llegado.

–Algo así.

–Eres un niño –dijo–. Pero intégrate.

Me tomó de la mano y me hizo sentarme en el círculo. Uno de los muchachos se puso a hablar de religión. Al parecer conocía bien a Jim, quien de chico había sido sacristán, posaba para Cristo Rey en las procesiones en la plaza pública y había sido uno de los líderes de la juventud parroquial.

–¿Pero tú siempre has sido creyente? –le preguntó de repente el muchacho a mi amigo.

–Creo en el lobo disfrazado de cordero llamado Iglesia Católica, amigo de la dictadura que persiguió a los curas. Dios no es bueno, si es que existe. Y si existe es el mismo demonio.

–Pero los curas ayudan al pobre y hacen obras de caridad –intervino un melenudo.

–Eso es blanqueo de imagen para promover y esconder las más bajas perversiones.

Hasta aquí nada era nuevo para mí: todos bebían cerveza o vino, las conversaciones despedazaban a los

políticos de derecha pero nunca a los de izquierda, luego venía el elogio a los próceres míticos del MIR y el FPMR. Sin embargo estaba Natalia. Yo la miraba disimuladamente con sus jeans y su polerón con gorro de piel leopardo sintética para cubrirse del frío.

–Digan lo que digan, en el país la Iglesia se la jugó y defendió los derechos humanos.

Se notaba que la Democracia Cristiana había hecho su trabajo en la universidad.

Jim miró al melenuado, bebió un sorbo corto y se limpió la boca con la mano mientras decía:

–¡Pamplinas! ¿Quién lo dice? ¿Tú?

–No. Lo dice tanto *El Mercurio* como *La Época*.

–¡Y a mí me repugna la izquierda tanto como la derecha! –escupió Jim.

Se hizo un silencio incómodo.

–Es que tú no crees en nada ni en nadie –respondió finalmente el melenuado–. Siempre estás en contra de todo, de Dios y del gobierno, de la patria y de los vecinos. Eres un antitodo.

–Mira, no llevo la contra porque sí nomás –respondió mi amigo–. Yo descreo de la Nación. No siento simpatía por la política y estoy muy lejos de sentirme chileno. La verdad es que me cargan los chilenos.

Se levantaron comentarios inmediatos como reacción. Todos los muchachos se volvieron contra Jim.

—Pero claro —agregó él melenudo—. Si hasta cara de peruano tienes.

Hubo una carcajada generalizada.

—Quiero dejar en claro mi única creencia —insistió Jim—: la individualidad. Lo colectivo es cimiento del nacionalismo, y el nacionalismo fomenta las ideas imbéciles de los resentidos.

—¡Cállate! —le dijo una muchacha.

—Eso es nihilismo pasivo —acusó el melenudo.

—Está manipulado por los diarios neoliberales.

Natalia había dicho eso, y había pronunciado *neoliberales* con un acento especial. Jim, en tanto, no perdía la compostura.

—Decenas de millares de personas fueron oprimidas, torturadas y desaparecidas por la implantación en el mundo de un sistema totalitario, el capitalismo o el comunismo. El capitalismo ha triunfado por sobre la madre de todos los males por su condición innata de sistema inhumano. Y a tiempo, porque este sistema es el que más me acomoda para mis anhelos de riqueza, que son infinitos.

Finalmente el grupo decidió ignorar a Jim y empezaron a hacerme preguntas.

—Soy de Penco.

—No recuerdo haberte visto, aunque tienes cara de conocido —dijo otra de las muchachas—. ¿Qué haces?

–Nada –contesté.

Pero Jim quería seguir abriendo la boca.

–Mentira. Este es cineasta. Vamos a hacer una película juntos.

–¿Sobre qué? –preguntaron todos a coro.

–Es un simple video experimental, un ensayo –miré a mi amigo para pedirle que se callara–. Me gusta el cine de terror.

–Yo quiero participar –dijo Natalia, como con un gruñido.

Seguimos conversando hasta que en un momento uno de los muchachos me dijo que querían invitarme a colaborar con ellos. Sucedió que necesitaban un camarógrafo para registrar una marcha ecológica.

–No me interesa –respondí.

Inmediatamente dejaron de hablarme.

–Vamos –dijo el melencólico de repente y todos se pusieron de pie, como si hubiera sido una orden.

–¿Y ustedes también se van? –preguntó Jim a las muchachas.

No le contestaron. Sólo Natalia se detuvo.

–¿Y tú? –le preguntó, mirándola a los ojos.

–No sé. Igual quiero ir a ver la tocata. ¿Vamos?

–Ya. Pero antes terminemos esta caja de vino.

Natalia se quedó mientras sus amigos se largaban en pandilla a hacer su revolución; la revolución de los

niñitos tontos que con botar un paradero o quemar un quiosco creen que cambian el sistema y echan abajo el capitalismo; la revolución de los que infectan con cerveza importada el agua del riachuelo y dedican su tiempo a vestirse de pies a cabeza en la ropa americana.

Era sábado. No había vuelto a ver a Natalia. La busqué. Había preguntado por ella y nada. Jim tampoco supo decirme nada de ella.

–Seguramente se fue por ahí –dijo.

–¿Cómo por ahí?

–Es una patiperra. De repente se la traga el suelo y de repente aparece como de ninguna parte. Dice que estudia pero ni siquiera va a clases.

Lo escucho hablar mientras nos mantenemos parados en la esquina, ahí donde los obreros se confunden en los recovecos de los callejones y los camiones arrasan el pueblo desde los primeros años de nuestra infancia. Con ruidos. A toda máquina. La gente pasa y pasa, se vuelven siluetas desenfocadas por la distancia, por mi astigmatismo. Van y vienen por los almacenes, los bazares, los supermercados, las verdulerías y las carnicerías con sus carritos, entre los gritos de la feria pública, que se trasladan a través de la brisa sureña que golpea las caras de los vagos en las esquinas. La cancha

de tierra de mi esquina ha desaparecido; el sitio eriazó está poblado por las villas de la emergente clase media chilena. Fue en ese lugar donde aprendimos a jugar, a hacer deportes, a besar a las chiquillas, a fumar, a rezar y a agarrarse a combos con el vecino por la vecina alcahueta, a insultar a la policía y al Fisco atracador. La calle siempre ha sido útil. Y seguimos, como en la niñez, chantados en la esquina junto a la radio doblecasetera que tarrea. Yo acarreaba los casets viejos desde Tomé gracias a un amigo punkero que conducía un programa en una radio clandestina y me proveía de bandas —La Polla Records, The Clash, Ramones, D.R.I., Corrosion of Conformity, Faith No More, Pixies, Dorso, Supersordo, G.B.H., Los Morton, Los KK Urbana— que almacenábamos en cajas de zapatillas.

Como ese día a Jim no se le antojaba irse a clases a la universidad, nos tuvimos que conformar con dar vueltas a la manzana para devolvernos luego a la esquina. Hablábamos de películas con un concho de vermouth seco en botella cuando se detuvo en frente de nuestras narices la patrulla policial. Era el Pancho, que hacía la ronda de la tarde con su compañero de trabajo. Se apeó de la patrulla blanca y negra, vino con el churro en la mano y se puso a sermonearnos que el General, que la dictadura. Mientras hablaba vino un recuerdo a mi cabeza: jugábamos la final del campeonato de básquetbol

contra el liceo mixto pencopolitano. El Pancho me adelantaba en edad y en curso; era rucio, corpulento, de ojos claros y cabello crespo. La final se dio a favor de nosotros –nuestro colegio subvencionado, el único del pueblo– gracias a que los niños buenos teníamos piernas firmes y, ellos, piernas de mono. Al final, picados por la derrota, quisieron armar mocha. Pancho tiró el primer combo, a los cinco minutos profesores, alumnos y organizadores repartían patadas. Rápidamente intervino la fuerza pública y todo se quedó en amenazas:

–En la cancha, esta noche –gritó el cabrón cuando se lo llevaban los profesores.

–Ángelo irá con nosotros –le respondí.

Horas después nos vimos las caras.

–¡Manga de pendejos, ya van a ver lo que es bueno! –amenazó el Pancho cuando nos vio llegar.

–¡Pendejos seremos, pero no un montón de arrugones!

La mocha había empezado sólo a combos; la primera patada fue del Pancho. Ángelo se cubrió con los antebrazos, le tomó la pierna y lo botó. Cuando se fue al suelo, la patota completa se lanzó sobre Ángelo. La pandilla entera y nosotros –mocosos que apenas salíamos de la pubertad– no pudimos hacer mucho; le sacaron la cresta. Cuando todo terminó y los del liceo se marchaban, Ángelo alcanzó a decir algo entre el polvo y los moretones:

—¡Soi un hijueputa, Pancho!

Entonces el hijueputa se dio vuelta, se lo quedó mirando y se agachó a recoger un peñasco. El impacto le rompió la frente a Ángelo. Rumbo al hospital, la sangre se le mezclaba con la pus, la baba y las lágrimas. Los del liceo, asustados, corrían. Seguramente se escondieron en sus mediaguas a orillas de la línea férrea. Nuestro amigo salió de la posta de madrugada, con cinco puntos escondidos por un parche curita; inmediatamente partimos a celebrar al puerto con aguardiente y cerveza. Me acuerdo bien. El Pancho era un espécimen más criado por los ejércitos de la dictadura. Ángelo contaba que el pobre tipo quería ser futbolista o profesor de Educación Física, pero no le dio para terminar el cuarto medio. Entonces había ingresado a Carabineros. Ahora el matón del barrio andaba con uniforme, luma y pistola, y sus compañeros de la patota eran los nuevos ricos de las villas. Ahora el Pancho arrendaba casa de dos pisos, una puerta y dos ventanas, y en sus ratos libres conducía un Toyota Tercel verde. Sueños cumplidos para hombres mediocres. No lo culpo por eso: los míos habían sido los mismos. En esos tiempos con Ángelo, el extremista, estaban terminando la Enseñanza Media y nosotros éramos más chicos. Ahora ambos bordeaban los veinticinco años; uno se había unido a la resistencia mientras el otro vigilaba con mano dura las calles de

la ciudad. La vida es una mierda. Y en ese momento, mientras Jim lo miraba con cara de desentendido, el policía no paraba de hablar y de mostrarnos cómo el churro se movía en su mano.

—Ya no es lo mismo que cuando estaba mi General. Los milicos y los políticos parece que son todos iguales ahora, ¡puchas que sufrió la gente exiliada!

Hasta que Jim no aguantó más:

—Váyase de aquí, por favor. ¿No ve su señoría que nos está interrumpiendo?

La intervención pilló al Pancho de sorpresa. No estaba acostumbrado a que lo contradijeran.

—Deberías buscarte un trabajo, Apablaza. Si no, te va a ir igualito que a los demás.

—Quién eres tú para venir a dar consejos. ¿No ves que estamos planificando algo grande?

—Sí —intervine—. Estamos haciendo una película que cambiará la historia de este país.

—Le vamos a volar la cabeza a los directores financiados por el Estado. No más de esas películas mediocres que promueve el gobierno.

—¡Cállense!

El paco Pancho no entendía nada de lo que decíamos.

—Son unos inmaduros —agregó—. Ya van a ver cuando tengan hijos y tengan alguna responsabilidad en la vida.

Ni siquiera se acordarán de estas estupideces que andan diciendo. Ahora escúchenme bien: les sugiero que no sigan bebiendo esa botella de licor en la vía pública. La próxima vez que los vea van a tener problemas.

Inmediatamente se metió en su furgón policial negro con blanco y se fue.

—Si no estuviéramos en democracia a este imbécil lo bajaríamos a balazos de su escalafón social.

Jim lanzó un escupo al suelo.

Ya casi anochece. En el intertanto, por el frente de la calzada volvía a su casa la vecina. Subimos el volumen de la radio doblecasetera.

—¡Buenas noches, doña! —le grité desde el frente de la calzada— Es un poco tarde, ¿que va decir el marido?

La vieja no me respondió.

Como este pueblo mío está rodeado de salones de pool y de fuentes de soda, decidimos partir a uno después de pasar a comprar en el almacén de la esquina cuatro sándwiches de mortadela y un litro de jugo de naranja. El Otro Mundo —así se llamaba la cantina más concurrida por los obreros de la fábrica de loza— tenía varios privados y un patio principal con cancha de tejo más cocina parrillera para los asados. Nos internamos primero por un pasillo en forma de túnel hasta una pieza con cuatros

mesas y taburetes de madera. La puerta abierta daba a la barra principal, donde cuatro pelagatos se afirmaban y sostenían, apenas tiritando, una caña de vino tinto.

–Qué se les ofrece –preguntó el garzón.

–Nada, maestro. Nomás venimos porque es la hora de las noticias.

La sorpresa fue que en el último privado –tomando el pasillo de la entrada– estaba Ángelo, el extremista, quien consiguió un poco de vodka para mezclar el jugo de naranja. Jim tomó los diarios del día, que estaban sobre un mesón. En eso comenzaron los titulares del noticiero. Ángelo, el extremista, se aferraba a su vaso cuando en la pantalla veíamos que los viejos fantoches marxistas fingían pelear con los antiguos peles del socialismo –ahora liberales–, y éstos juntos contra los carcamales de derecha. Los noticieros son una teleserie cuyos patéticos episodios buscan la caída de nuestro ruin protagonista. Me acordé de cómo hace unos días los universitarios le habían enrostrado a Jim su afición por la prensa.

–Parece que es verdad que los diarios y la tele tienen manipulada tu mente.

–Habladurías del perraje. Obviamente los medios fabrican montajes para influir en la opinión pública. No hace falta darse cuenta de eso para que volvamos al discurso de siempre: tenemos un aparato represivo para cuidar el sistema neoliberal. Eso son los medios de co-

municación. Pero ese argumento sigue siendo una premisa vana de la izquierda decimonónica que rechaza con toda su alma lo que se le está ofreciendo: la pobreza, el desempleo, el consumismo, la delincuencia, el terrorismo, la muerte son noticias que nos unen a todos. Nos hermanan. De todas maneras esa patraña es una ofensa a las mentes de las personas. ¿Qué quieren decir con eso? Que no tenemos capacidad de raciocino, que no nos cuestionamos nada, que no sabemos diferenciar entre verdad o simple montaje.

Jim se llevó los dedos a la cabeza.

—Manipulan a las masas, claro. La única solución es el individualismo. ¿Cómo me van a manipular si soy un convencido individualista? A estos cabritos les importa una mierda Latinoamérica, ¡cómo si a mí me importara también esa hueá! Viven lanzando las bravatas en contra del sistema, que la prensa y la televisión. Pero ahí los tienes pegados a ese nuevo basural que son los computadores y los videojuegos. El problema aquí en Chile es que nadie lee. Nadie lee los diarios. Nadie lee la historia, ninguna historia.

—Pero cualquiera se da cuenta de que estos diarios quieren llamar nuestra atención con tonteras, noticias insignificantes, portadas sensacionalistas, rumores denigrantes y titulares disuasivos. Es obvio que la gente más rica controla eso que llaman libertad de prensa.

—¡Bien!

Ángelo, el extremista, me aplaudió.

—Ahí te tiene, Jim.

—Mira, cineasta de pacotilla. ¿Dónde dejaste la cámara? Si quieres hacer tu película deberías llevarla para arriba y para abajo. ¡Lee! ¡Lee los diarios, mejor serál Toma. Quédate callado. Observa y aprende. Así algún día en alguna parte te dan el premio al mejor documental y por fin los diarios anuncian cosas que sí podrían importar.

Mi amigo bebió un sorbo de su vaso y lo golpeó contra la mesa.

—Ya van a ver cuando mis poemas cambien el curso de la historia.

—Empezó el delirio.

Ángelo, el extremista, simulaba hablarme al oído para provocar más a Jim.

—Uno delira con lo que quiere tener nomás. Prefero tener delirios de grandeza que soñar como la mayoría de los chilenos: con mediocridad. Renunciamos al ego y sin ego nunca nos vamos a convertir en lo que queremos. Sin libertinaje somos un país en franca decadencia. Nos dejamos llevar por la virtud teologal de la caridad, practicamos el colectivismo moral. Por eso están todos tomando pastillas, deprimidos y reprimidos. No nos damos cuenta de que es la enfermedad

del totalitarismo: de los sueños colectivos pasamos a la amnesia masiva. Estamos al revés. Nos ponemos a defender causas que no tendríamos por qué y nos preocupa el qué dirán. Lo importante es la vida de uno; ese es el primer derecho. Soy arrogante con conocimiento de causa.

Estábamos de lo más bien cuando el noticiero nos jodió la conversación: anunciaba la llegada de uno de los arquitectos del régimen, uno que terminaba sus años de Prefecto en Investigaciones para venir especialmente a encarcelar a los extremistas involucrados en hechos de violencia –asaltos a bancos, apagones, barricadas, atentados y sabotajes contra la democracia. Concepción era una ciudad que había combatido con fuerza los vicios e hipocresías de la dictadura; la universidad había sido uno de los centros más populares de la resistencia. A los universitarios de todo el BíoBío se sumaban las protestas escolares, vagabundos, alcohólicos, prostitutas, saqueadores, profesores, sacamuelas, medicuchos, cicateros, ludópatas, lanzas, prófugos, borrachos, punkeros y roqueros. La atmósfera subterránea y libertina de la ciudad nos volvía incapaces de tolerar que vinieran hombrecillos a imponernos cómo comportarnos. Hace rato que este caudillo venía apareciendo en la televisión con su voz embaucadora y sus gafas de carey. Su cuento era que nadie estaba por

sobre la ley, la misma ley que perpetuaban la Constitución Política del milico. ¿Habría un disparate mayor que eso? La maldad que nos hizo este señor no tiene nombre. Fue uno de tantos que le arreglaron la entrada al dictador y, como se sabe, la bota castrense es una patada en el culo que nunca para, así como la tortura es la hija bastarda de la prohibición. Su lema era prohibir y prohibir, lavar las cabezas de nuestros padres para que nos dijeran qué libros teníamos que leer y qué películas nos estaban vedadas, obnubilarlos con su demagogia, su autoritarismo y su disparate mesiánico que nos quería hacer volver a mejores tiempos.

—¡A este lo quisiera muerto!

La frase se me había escapado. Me levanté de mi rincón y apagué el televisor.

—Yo te lo mato si quieres —respondió Ángelo, el extremista.

—¡Por la libertad! —dijo Jim.

Me quedé mirando al techo mientras mis amigos seguían su conversación.

—Cómo voy a creer siquiera en la democracia —decía Jim—. Sólo la revolución; la revolución es la única costumbre viva en la conciencia de los poetas que están en los confines de una guerra subterránea contra todas las opresiones. La poesía es el Estado del revolucionario.

—Pero matar está mal —interrumpí.

No me daba cuenta de la intensidad de mi voz. Mis amigos se quedaron esperando que me explicara, pero en vez de eso sólo pude hacerles una pregunta:

—¿Han matado a alguien?

—El año ochentisiete —me respondió Ángelo, el extremista—. Fue en defensa propia. A quemarropa, a un civil encubierto. Un soplón de la CNI que manejaba el taxi en que íbamos a escapar. Matar está mal, sí. Pero a veces es necesario. Y lo volvería hacer.

Hace rato que teníamos los vasos vacíos. No decíamos nada. Sólo nos quedamos mirándonos los tres hasta que Ángelo, el extremista, lo dijo:

—Hay que echarse a este verdugo.

—En nombre de todos los que padecemos la dictadura, de los que nos obligaron a crecer así —agregó Jim—. Tendremos la digna tarea de resolver las cuestiones pendientes. Apuremos el proceso de fortalecer de una vez por todas esta juventud para vivir en el ahora, o no nos quedará otra que resignarnos a convivir con lo que más nos repugna.

—En nombre de la sangre impunemente derramada por la tiranía invasora desde los tiempos de Lautaro hasta las víctimas del Frente.

Nos reímos.

—Yo estudiaré los movimientos del verdugo —propuso Jim.

—Yo aprieto el gatillo.

—Y yo, ¿qué hago?

—Nada. Tú estarás en la calle y esperarás nuestra señal. Las balas te van a pasar por delante y tú ni siquiera vas a reaccionar.

Miré a Ángelo, el extremista. Ya ni siquiera sonreía.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que tendré miedo? Jamás.

—Sí tendrás. Pero será un miedo maravilloso.

Ese día desperté media hora antes del mediodía, más temprano que lo acostumbrado, para poner en marcha mi ansiado proyecto cinematográfico: una mezcla de hechos históricos del régimen con vistas a la ciudad en que vivía. Fui a cargar la batería de mi cámara —que compré de segunda mano en el mercado negro— cuando me di cuenta de que el teléfono estaba desconectado. Había permanecido así desde que llegara. Le pregunté a mi abuela.

—No tengo a quién llamar y no tengo quién me pueda llamar.

Lo conecté de todas maneras. Al poco rato sonó. Mi abuelo se quedó mirándome con desgano hasta que me levanté a contestar.

—Aló.

—Tengo un contacto con un nuevo grupo para tu documental —era Ángelo, el extremista—. A las seis y media en la plaza Perú, frente a la universidad. ¿Estamos?